

El siguiente artículo fue seleccionado en el Concurso de trabajos sobre: "Nuevas expresiones del conflicto social", organizado por ASET, realizado durante el año 2002

Laura Pasquini

Claudio Remis

La lógica política del corte de ruta en la Argentina. Estrategias de lucha e identidad

Introducción

Hasta mediados de la década pasada en la literatura especializada sobre acción colectiva y movimientos sociales suelen aparecer dos tradiciones teóricas en conflicto. Por un lado, las corrientes americanas herederas críticas de los postulados olsonianos de la racionalidad de la acción colectiva, que bajo la formulación genérica de "teoría de la movilización de recursos" alberga conceptos fecundos como los de "estructuras de movilización", "oportunidad política", y "modularidad de la acción colectiva", además de brindar la posibilidad de profundizar el análisis de las funciones políticas de la protesta. Por otro, las corrientes europeas cuyo eje estará basado en la formación de actores, la conformación de nuevas identidades, de formas expresivas de nuevos valores a través del comportamiento colectivo, la gestación de orientaciones culturales y las formas simbólicas y de conciencia de los conflictos y luchas, etc. En el primer caso se privilegia la acción colectiva como centro del análisis, poniendo sus soportes sociales como secundarios, y en el otro se privilegia en primer plano al "actor" o a los sujetos sociales protagonistas de las acciones.

Laura Pasquini y Claudio Remis son integrantes del proyecto de investigación "Nuevas formas de organización popular y predisposición a la acción colectiva en la Argentina" del Centro de Investigaciones en Estadística Aplicada de la Universidad Nacional de Tres de Febrero entre octubre de 2001 y octubre de 2002

El presente artículo fue elaborado bajo la dirección y con los aportes del Lic Marcelo Gómez investigador del Proyecto de Investigación "La constitución de sujetos sociales en la crisis: identidad, organización y acción colectiva en la Argentina 1991-2002" del Centro de Estudios e Investigaciones de la Universidad Nacional de Quilmes

Diseño y producción gráfica:
Beatriz Burecovics

Impresión:
Carybe - Editare

Dirección Nacional del Derecho de Autor,
Exp N° 197 452 - Copyright by
Asociación Argentina de Especialistas
en Estudios del Trabajo

Queda hecho el depósito que marca
la ley N° 11 723
ISSN 0327-5744
Registro de Propiedad Intelectual 236 727

Impreso en Argentina - Printed in Argentina
© 2002 por aset
diciembre de 2002

Asimismo, mientras las teorías de la movilización de recursos (Craig Jenkins, 1994; Tilly, 1998; Tarrow, 1997) subrayan el carácter "racional" de la acción colectiva no institucionalizada y los movimientos sociales, es decir como un tipo específico de comportamiento estratégico compartiendo un mismo campo de la lucha económica, política y cultural que el resto de las organizaciones y grupos institucionalizados, los europeos (Touraine, 1987; Melucci, 1994; Alberoni, 1991) subrayan las dimensiones expresivas, valorativas, y hasta emocionales derivadas de la acción colectiva y sus organizaciones.¹ Sobrepuerto a estos diferentes enfoques se encuentra el problema de la diferenciación entre movimientos sociales "nuevos" con una lógica "contracultural" y los "tradicionales" con sus lógicas reivindicativas y políticas.

No obstante, hay una plena aceptación de que los movimientos y sus acciones colectivas siempre implican intentos de intervención transformadora sobre al menos algunos aspectos del orden social. Los movimientos y las acciones colectivas no institucionalizadas siempre implican poner al orden vigente en entredicho:² en un sentido elemental la acción colectiva de protesta siempre es una búsqueda de cambio o cuestionamiento del orden utilizando la capacidad colectiva para producir algún grado de alteración o perturbación del orden.

4 Siguiendo las claves de estos diferentes paradigmas de análisis, el fenómeno de los "cortes de ruta" en nuestro país, que se ha generalizado como una práctica de uso frecuente dentro del repertorio de acciones colectivas de las clases subalternas, nos desafía a indagar sus sentidos: ¿acción reivindicativa no tradicional pero inspirada en la racionalidad utilitaria de la persecución de intereses y la optimización de la movilización de los recursos disponibles o acción que despliega nuevas formas de pertenencias y lealtades, de prácticas políticas y sociales, de valores, y de las formas de vida y conciencia de las clases populares? ¿Predominan los elementos instrumentales y las regulaciones propias de la acción reivindicativa o los elementos expresivos, culturales, identitarios, las nuevas formas de subjetividad?, ¿la figura del "piquetero" y del "piquete" constituyen fuentes de nuevas identidades ideológicas o políticas, o son

iconos utilizados mediáticamente?, ¿el "piquetero" puede ser entendido como un nuevo sujeto social, protagonista político, o resulta una identidad "atribuida" debajo de la cual siguen operando otras formas identitarias poderosas como la clase y el lugar de pertenencia?

¹ Para un panorama general de las distintas posiciones teóricas en la literatura sobre los movimientos sociales y la acción colectiva de protesta pueden verse Pérez Ledesma (1994) y sobre todo el libro de Marx y McAdam (1994)

² Aun cuando los movimientos sean de inspiración conservadora o tradicionalista como el movimiento antiabortista, siempre se lucha por una modificación de ciertos aspectos de las relaciones sociales, culturales o jurídicas vigentes

Desde las dos perspectivas teóricas antes mencionadas el corte de ruta puede ser considerado como una acción racional-instrumental que optimiza la movilización de recursos y aprovecha las oportunidades políticas, o como un factor constituyente de nuevas formas de manifestación de identidades sociales, de clase, territoriales,³ etcétera.

Haciendo una lectura esquemática de los análisis locales y la literatura disponible sobre las puebladas, cortes de ruta y movimientos de desocupados en el caso argentino podría decirse que han oscilado entre enfatizar las causas estructurales, la reforma del capitalismo argentino y sus impactos regionales, y la naturaleza de la crisis del empleo como factores explicativos (Íñigo Carrera y Cotarelo, 2001; Lucita, 2001; Laufer y Spiguel, 1999) y resaltar los elementos novedosos en materia de identidades sociales, formas de conciencia, producción simbólica y nuevas prácticas sociales y políticas (Scribano, 1999; Favaro *et al.*, 1997; Colectivo Situaciones, 2001).

Otra serie de trabajos se han centrado en las protestas mismas poniendo especial atención a las oportunidades y el marco político de las mismas (Auyero, 2002; Farinetti, 1999) o a las estructuras y procesos de movilización diferenciadas que suponen en relación con el conjunto de las formas de acción colectiva contestataria de matriz ciudadana, territorial o sindical (Schuster, 1996 y 1999) (Villanueva y Gómez, 2001) (Pasquini y Gómez, 1999) e incluso en relación con la evolución histórica de la organización y la acción colectiva (Gómez, 2002)

Hay que tener en cuenta que en los últimos años se han verificado dos procesos en el nivel de la reflexión teórica con importantes implicaciones. Una cierta "convergencia" o al menos de intentos de complementación entre los principales referentes de las teorías de la movilización de recursos con los enfoques basados en el actor y la identidad. Este proceso se da a partir de la importancia otorgada a la noción de "enmarcamento" como formas de orientación cognitiva que organiza la percepción y la interpretación (Goffman, 1974) en el seno de los movimientos. El principal trabajo sobre este punto puede verse en el volumen de McAdam, McCarthy y Zald (1999). Por otro lado, se ha comenzado a enfatizar la relación entre las formas de generación de identidades, los campos de tensión en las estructuras y el desarrollo mismo del conflicto, sacando en cierta medida la problemática del registro de la subjetividad entendida como "interioridad" (Fox y Starn, 1997). Una consecuencia interesante de estos planteos ha sido el interés por el papel de los medios masivos de

³ Estas dos posiciones analíticas a la hora de percibir el fenómeno tiene sus correlatos maniqueos en la opinión pública y los medios masivos de comunicación: para algunos las acciones de los desocupados son "aprietes" inspirados puramente en cálculos de beneficios, formas "ilegales" y degradadas de clientelismo tradicional, y para otros son expresiones de "resistencia", "dignidad", "justicia", "coraje de los más débiles", etcétera

comunicación frente a la protesta y el señalamiento de una suerte de guerra semiótica de indudable incidencia sobre los procesos de generación de identidades (Rucht *et al.*, 2000). El ánimo de integración de abordajes también está presente en Munck (1995) y es señalado por Schuster (1999).

En consonancia con esta inspiración teórica, este trabajo se propone analizar los cortes de ruta en tanto que recurso modular de acción colectiva desafiante (Tarrow, 1997: 67) intentando indagar las articulaciones entre los elementos instrumentales y los expresivos, en un análisis de tipo comparativo que considere, por un lado, los diversos cortes de ruta, su morfología, sus sentidos, su evolución y cambios, incluyendo aquellos protagonizados por “pobladores” (especialmente de Salta y Neuquén), así como los realizados en el Gran Buenos Aires, en el partido de La Matanza y en la zona Sur del Gran Buenos Aires.

El trabajo estará basado, por un lado, en la información periodística recogida a lo largo de la década de cinco diarios de tirada nacional (*Clarín*, *Ámbito Financiero*, *Página/12*, *Crónica* y *Diario Popular*) y de diversas revistas, el material documental elaborado por organizaciones de desocupados, y una serie de entrevistas realizadas a dos funcionarios gubernamentales del Ministerio de Trabajo con participación en el desarrollo de los conflictos en el interior y el GBA, y diez dirigentes y miembros de las organizaciones y movimientos, además de un trabajo de observación participante en tres “piquetes” del Gran Buenos Aires.

La tradición del “piquete” y su lógica: continuidades y rupturas

Los orígenes del “corte de ruta” pueden encontrarse en el movimiento obrero como recurso tradicional frente a los rompehuelgas, así como en el movimiento campesino e indígena latinoamericano, o los mineros bolivianos —en economías agrarias, como interrupción del transporte o el acceso a las estancias (Eckstein, 2001)—, pero parece indiscutible que los “cortes” mantienen una larga tradición en la región y en nuestro país.

El sindicalismo concibió originariamente esta medida como un mecanismo de regulación de la movilización, es decir como la manera de garantizar la concreción de la huelga. En ese sentido, el piquete sindical tradicional no puede considerarse en sí mismo una acción colectiva de protesta, sino una táctica subsidiaria de apoyo a la acción tradicional que es la huelga. Incluso, es claro que representa una acción colectiva que no se dirige de manera directa a la patronal, sino hacia los propios integrantes de la clase que no quieren plegarse al paro. Ocasionalmente refuerza el efecto del paro al impedir el ingreso y egreso de directivos, proveedores, etc.

Sin embargo, la tradición del corte de la circulación no reconoce solamente una instrumentalidad circunscrita a la lucha económica frente al capital industrial.

Las barricadas y cortes de calles, como medida insurreccional en los siglos XIX y XX (Tilly, 1998) ha formado parte de un repertorio de la lucha política de la clase obrera en muchas ciudades europeas. En este marco, puede entenderse la “semana roja” (1° de mayo de 1909) y la “semana trágica” de 1919 en nuestro país. Aunque en ambos casos se complementaba con huelgas generales, no puede desconocerse la importancia del vuelco de la acción de clase hacia las calles enfrentando la autoridad estatal y las fuerzas represivas que instalaba el conflicto en un escenario público abierto.

En el marco urbano, los mayores ejemplos de movilización colectiva y ocupación de espacios públicos se encuentran hacia finales de la década de los sesenta, en las protestas populares llamadas “Cordobazo”, “Rosariozo”, “Vivorazo”, acompañadas con disturbios, enfrentamientos a las fuerzas de seguridad, etc. En estos casos, el recurrir a la ocupación de espacios públicos, es decir la acción desafiante en la vía pública, ha tendido a suceder ante el agotamiento en la realización de paros generales. El orden represivo de la década del sesenta impedía el recurso a la convocatoria formal a la movilización masiva como forma de acompañar las huelgas generales por lo que la erupción espontánea y no prevista de movilizaciones callejeras y concentraciones agitativas en lugares públicos se convirtió en un recurso de protesta obligado.

En los últimos años, los cortes de ruta han sido utilizados con creciente frecuencia, no solamente como repertorio de las clases subordinadas.⁴ El crecimiento es exponencial de acuerdo con las diversas fuentes: en 1997 el promedio mensual de cortes de ruta era de 11, en el 2000 llegaban a 43 y en el 2001 se alcanzaron los 110.⁵

El movimiento obrero, por su parte, ha dejado de considerarlos “solamente” como una herramienta para garantizar las huelgas, tendiendo a implementarlos como una medida de protesta de carácter no tradicional. En esto, cabe aclarar que, desde los comienzos de la década anterior, comienza a visualizarse una tendencia creciente en la realización de medidas novedosas, que intentan prioritariamente apuntar a la opinión pública. A esta época se remiten las primeras “Acampadas”, “Batucadas”, “Radios abiertas”, “Ensaladas de Protesta” y otras formas novedosas. Es decir, con el avance de la convertibilidad y la consecuente pérdida de puestos

⁴ Los productores rurales han realizado numerosos “tractorazos” tanto en relación con el precio del combustible como de numerosas pautas de exportación.

⁵ Datos del Centro de Estudios para la Nueva Mayoría-Informe Setiembre/2001. Con otra metodología de conteo los conflictos protagonizados por organizaciones de desocupados aumentaron su participación en el total de conflictos desde el 2% en 1997 al 16% en 2001 (Informe de Coyuntura Laboral Marzo/2002. SET-Consultores en Sociología y Economía del Trabajo)

de trabajo, los trabajadores comienzan paulatinamente a implementar medidas de acción originales o no tradicionales con las que intentan, por un lado, no poner en riesgo las ya endeble fuentes de trabajo y, por el otro, publicitar sus reclamos, sacándolos del ámbito de las relaciones laborales para plantearlos en el terreno de lo político, a través de los medios masivos de comunicación (Gómez, 1997).

En este marco, la utilización del “corte de ruta” o en forma genérica la acción obstructiva en la vía pública se convierte tempranamente también en una medida de los trabajadores formales, utilizada principalmente por parte de aquellos que se ven amenazados por el cierre de la fuente de trabajo, o por los que tienen mayores garantías de estabilidad en el empleo como los docentes y empleados públicos. Aun así, la medida mantiene una serie de diferencias, que radican especialmente en los recursos políticos movilizados y en la multiplicidad de estrategias posibles. El corte es aquí una de las medidas posibles y tiende a combinarse con otras formas de reclamo. La organización sindical está presente y le otorga características diferenciadas.

A partir de agosto de 1991, la crisis desatada en la empresa minera estatal Hipasam, cerrada tras la privatización de SOMISA, produjo fuertes movimientos en pos de su reapertura, movilizándolo a toda la comunidad. Al borde de la desaparición, el pueblo de Sierra Grande, cuya principal o única actividad económica se sustentaba en esa empresa, protagonizó el primer corte de ruta

8

⁶ En septiembre de 1994, ante la crisis de la empresa Matefer, radicada en Córdoba y dedicada a la producción de trenes cortaron la ruta interfábricas intentando garantizar la continuidad de sus fuentes de trabajo. En agosto de 1995, los municipales de la localidad de Nonogasta, La Rioja cortaron la ruta n.º 40, reclamando el pago de sus salarios y repudiando el nombramiento del nuevo interventor (Diario *Crónica*)

⁷ Estas protestas, con un repertorio de acciones basado fundamentalmente en la ocupación de espacios públicos (calles, plazas, etc.), la destrucción de edificios públicos y de viviendas de funcionarios, surgieron con fuerza en el país a partir de 1993. En términos generales, estuvieron lideradas por trabajadores del Estado, aun cuando presentaron un carácter multisectorial, sumando a las reivindicaciones específicas (atraso en el pago de haberes) oposición al pago en bonos o a descuentos en los haberes) un fuerte cuestionamiento a las conducciones políticas locales. Puede verse un buen análisis de los cruces entre protesta social y lucha política en Auyero (2002). Es menor el protagonismo en la calle de la clase obrera industrial: luego de terminada las privatizaciones, sólo los conflictos en Tierra del Fuego durante 1993 por cierres y despidos tuvieron el componente de lucha callejera

con características multisectoriales. Hacia mediados de la década, se registran los primeros “cortes” protagonizados por trabajadores del sector privado de producción. Su utilización por parte de los agentes estatales (maestros, médicos, empleados municipales y otros) resulta apenas posterior.⁶

Ahora bien, las “puebladas” entendidas como movilizaciones y manifestaciones populares multisectoriales masivas que cuestionan o suspenden la vigencia del orden público o del reconocimiento de las autoridades locales fueron muy importantes en el interior del país, a partir de 1993, con el llamado “Santiagoazo”.⁷ La prime-

ra movilización con características multisectoriales e identidad territorial se sitúa en 1996, en las localidades de Cutral-Có y Plaza Huincul.

En el mes de abril de 1997, a lo largo de 45 días, estallaron importantes “puebladas” en Neuquén, Salta, Jujuy y Córdoba, en las que se movilizaron miles de personas, desocupados, maestros, estudiantes, comerciantes, sindicatos, etc. Los reclamos hablaban de pueblos o zonas abandonadas, olvidadas, sin futuro. Los “pobladores” se situaron en las rutas, bloquearon sus pueblos, en lo que podría interpretarse cómodamente como el inicio de un ciclo de protesta (Tarrow, 1997:153 y ss.).

A mediados de ese mismo año comenzaron a sucederse “cortes de ruta” protagonizados por grupos que reclamaban la creación de fuentes de trabajo. Estas medidas fueron protagonizadas, en algunos casos, por organizaciones impulsadas o sostenidas desde sectores del movimiento sindical, en otros impulsadas por partidos de izquierda y en no menor medida por sectores de la iglesia. En otros, surgieron en el transcurso de las luchas o “puebladas”, en forma de coordinadoras o comisiones.

Desde la perspectiva de la acción colectiva, el común denominador de estos movimientos, tanto en su génesis como en su posterior desarrollo, puede sintetizarse entonces, en la utilización del “corte de ruta” como principal medida.

9

El “corte de ruta” hoy: nuevos escenarios y nuevas lógicas del conflicto

Promediando la década del noventa, el proceso de reconversión productiva y reestructuración económica que significó el Plan de Convertibilidad produjo una ruptura en términos históricos respecto de la dinámica y las características del mercado de trabajo.⁸ Este proceso de modificación en las articulaciones entre los sectores económicos impactó de manera significativa sobre la fuerza de trabajo y, sin duda, dejó profundas huellas en la gestión del accionar reivindicativo. “Al no existir más la fábrica, el taller o la mina, la huelga o la ocupación de los lugares de trabajo como modo de resistencia y lucha debió transformarse; es así como la protesta se trasladó al espacio público: el corte de ruta. Este traslado de espacios tiene el valor de transformar un conflicto privado en conflicto público” (Cieza, 2000).

Por supuesto el debilitamiento del poder de negociación sindical no tardó en llegar de la mano del alto desempleo, la precariza-

⁸ A lo largo de la década del noventa, la cantidad de desocupados se ha incrementado en 143% (mayo de 1989 a octubre de 1999)

ción, la flexibilización y la inestabilidad laboral, disminuyendo su potencial de conflicto. Las estadísticas son muy claras al respecto:⁹ a partir de 1995 caen notoriamente la cantidad de conflictos laborales —especialmente los industriales— y comienza simultáneamente el fenómeno de la “territorialización” de los conflictos con la reiteración de paros generales contra el gobierno de Menem¹⁰ (Gómez, 2000) (Villanueva y Gómez, 2001).

La pérdida de referencia e identidad a partir de la virtual desaparición de la fábrica, la empresa o la repartición pública, derivó también en la modificación del oponente. Entre la ausencia y el anonimato de la “patronal” se produjo un paulatino desplazamiento de las demandas al Estado, no ya como mediador, sino como única referencia de demandas posible y, de esta manera, se alteró tanto el nivel de politización de los reclamos como los niveles de desafío planteado.

Los conflictos abandonaron paulatinamente el ámbito privado de producción (por su inexistencia), para trasladarse hacia lo público, el territorio. Lo público, en este caso, se plasmó en el barrio primero y en la ruta después.¹¹

El desplazamiento del escenario —de lo privado a lo público— cambia la estructura del conflicto, afectando tanto a los trabajadores formales, como a los informales y los sin trabajo. Los oponentes no son ya los empresarios, sino fundamentalmente los decisores políticos, aunque en algunos conflictos (Salta, Jujuy) las empresas petroleras, privatizadas de servicios públicos, ingenios, etc., también son tomados o concebidos como antagonistas. La búsqueda de espectacularidad que conlleva naturalmente la “invasión” de los espacios públicos y su repercusión en los medios masivos de comunicación, intenta también instalar la problemática en las agendas públicas nacionales “saltando” las barreras políticas locales.

Desde la perspectiva de la acción colectiva, el común denominador aparece sintetizado en el corte de ruta. Para los desocupados, así como para los pobladores de zonas “olvidadas”, el corte de ruta constituye la acción colectiva fundamental y hace las veces de icono, punto de reunión y convocatoria, e incluso rutina y ceremonial.

La discusión de los cortes de ruta ha dado lugar incluso a debates hacia el interior de los movimientos de trabajadores desocupados.¹²

Una posición que podríamos ubicar dentro de la lucha económica como “clásicamente clasista”, coloca al corte de ruta como una instancia más de enfrentamiento obrero al capital. El corte de ruta sigue siendo una medida básicamente anticapitalista en virtud del costo económico que el piquete o corte de ruta es capaz de inflingirle al capital. El corte aparece aquí como prolongación de la huelga. Ante la imposibilidad de alterar el sistema de producción de mercancías, se buscará obstaculizar el sistema de circulación. Los partidarios de esta concepción, fuertemente influidos por partidos de izquierda tradicionales y anticapitalistas (que actualmente se nuclean en el Bloque Piquetero Nacional) optan por la realización de medidas de obstrucción totales (cortes sin vías alternativas), sobre caminos y rutas claves (ruta Mercosur), autopistas, accesos a ciudades, accesos a empresas importantes, etc. En estos casos la construcción discursiva del destinatario y las reivindicaciones están teñidas por un claro antagonismo “clasista”: el poder de la clase trabajadora frente al poder del capital y sus personeros, sin demasiadas mediaciones en lucha en un escenario de gran visibilidad. El corte es una transformación de la huelga¹³ y adquiere así el significado de “poder” obrero disputando con el capital el control de los movimientos (tiempo y espacio) de cosas y personas. La fuerza del corte descansa en última instancia en su impacto económico. En este sentido el mejor corte es el más “costoso” para los capitalistas y sus aliados.

La otra perspectiva presente, plantea al corte como una forma de protesta cuyos resultados más importantes deben ser fundamentalmente políticos. Los sectores que sostienen esta concepción (Fundamentalmente la FTV que conduce Luis D’Elía, y la CCC que lidera Juan Carlos Alderete), dan prioridad a la generación de consensos más amplios y al impacto sobre el gobierno y la opinión pública. Se valorizan otros elementos más que la capacidad de generar pérdidas y presión económica: visibilidad social de los reclamos, no enfrentar sectores neutrales, fijar los destina-

⁹ El promedio mensual de conflictos laborales a lo largo de la primer presidencia de Carlos Menem equivale a 89,3, en tanto que en el segundo mandato alcanza apenas los 63,1.

¹⁰ El 14/8/97 las expresiones opositoras del sindicalismo convocan a un paro general con movilización que incluyó por primera vez cortes de ruta e incidentes en varios lugares del país. Aunque dicha experiencia de combinación de paro general con movilizaciones callejeras generalizadas y cortes de rutas no se volvió a repetir, no deja de mostrar un dinamismo agregativo del proceso de protesta, y la compatibilidad entre las conducciones del sindicalismo opositor con las nacientes nuevas expresiones del conflicto social. El año anterior durante el paro general del 8/8/96 el MTA había colocado ollas populares en varios puntos de alta visibilidad en Capital y GBA. También aquella vez hubo incidentes con la policía que desalojó por la fuerza varias de esas ollas.

¹¹ Todos los entrevistados, dirigentes y militantes de organizaciones de desocupados, o participantes de “puebladas” tienen una clara percepción de este desplazamiento de escenarios para la acción y la organización colectiva, reforzando la idea de que el debate se ha trasladado del ámbito de las relaciones laborales para centrarse netamente en el escenario político. Por otra parte, la Central de Trabajadores Argentinos, en su intento de innovación de la dinámica sindical ha venido trabajando esta concepción no solamente desde una serie de estudios y datos, sino especialmente en su modo organizativo. La afiliación a la central es directa albergando trabajadores formales e informales, con o sin empleo. Allí se nuclean desocupados, trabajadoras del sexo, cartoneros, etc. La Corriente Clasista y Combativa, aunque a escala global menor pero enorme crecimiento en algunas zonas —como una docena de pueblos y ciudades del NOA y en el oeste del GBA— posee una concepción similar.

¹² Este debate se reveló en parte en la Asamblea Nacional de Organizaciones en julio de 2001 en el momento de discutir las medidas de fuerza y el plan de lucha contra el programa de ajuste “infinito” del gobierno de la Alianza.

¹³ “Cuando hacemos un corte no avisamos, damos prioridad el factor sorpresa. Los cortes son contundentes. Al afectar los medios de producción, golpean al gobierno” (Andrés, militante del MTD Solano).

rios en autoridades, recalcar la masividad de las demostraciones más que la capacidad de obstrucción cuidando la pretensión de legitimidad para las demandas, e intentando incorporar demandas de otros sectores. Así, los cortes son vistos como escenarios políticos de un conflicto y no como una táctica de enfrentamiento económico. El privilegio a los apoyos masivos los llevó a plantear los cortes con caminos alternativos, no corte de accesos, no corte de autopistas, no corte de puentes etc.¹⁴ A pesar de las diferencias, ellos también han cortado vías de acceso a refinerías de YPF Repsol en La Matanza, ya que no incluyen entre los posibles aliados a las grandes empresas privatizadas y los bancos.

Alderete (Desocupados de la CCC de La Matanza) cuenta de forma elocuente cómo llegan a esta concepción del corte de ruta: "Allá por 1996 hicimos el primer corte... no sé si llegábamos a cien. Eramos pocos pero bueno veíamos que las luchas subían en todo el país y que el menemismo estaba golpeado, y salimos. Cortamos de manera tal que La Matanza quedaba totalmente aislada. Nos encontramos que nos puteaban todos en siete idiomas distintos: los camioneros, los automovilistas, los vecinos, los comerciantes, le pedían a la cana que nos sacaran, nos gritaban "delincuentes", tenían miedo de que robáramos... fue un desastre no pudimos aguantar ni dos días y aparte nos comimos una paliza tremenda. Pero fuimos aprendiendo: empezamos por cortar en lugares donde hubiese pasos alternativos, arreglar con los transportistas, incluir las demandas de los productores de la zona... por las tierras hipotecadas... soluciones al tema de las deudas con los bancos y de los comerciantes, invitarlos a participar... fuimos creciendo, mucha gente que antes se escondía de nosotros venía aunque sea a vernos, a traernos cosas para la olla popular... así llegamos a mantener un corte 18 días y fuimos consiguiendo más cosas para nuestros compañeros y para los sectores que nos apoyaban, ya no había tanto miedo a la represión y cuando cortábamos éramos miles. Después otros compañeros nos decían ¡qué flojos!, ¡traidores!, pero ¿qué es ser duro?, ¿qué distintos sectores confluyamos y no nos perjudiquemos entre sí, o que sea masivo?, ¿ser duro es 300 compañeros cortando y 400 mil puteando?"

Más allá de las disimilitudes en la concepción del significado del "corte de ruta", puede coincidirse en que la medida siempre implica un

importante nivel de alteración del orden público, constituyendo un fuerte desafío a la autoridad. El "corte" abre el juego político al introducir diferencias y contradicciones entre los elencos gobernantes a la hora de responder al

¹⁴ "Acá la batalla es política, es convencer a la sociedad de que tenemos razón, cambiar los consensos políticos, cambiar el sentido común, cambiar los contenidos, disputar los contenidos. Estamos construyendo un colectivo nuevo, del que ahora somos referentes y reconocidos." (Luis D Elia, Presidente de la Federación de Tierra y Vivienda, entrevista realizada en junio de 2001)

desafío,¹⁵ dudas y temores entre las clases dominantes que pierden confianza en el poder político y en la protección que le brindan, y perspectivas de quiebre en la hegemonía por el descontento creciente de las clases de apoyo

La variable temporal (mantienen esperanzas en la continuidad de la acción colectiva) y la masividad son criterios importantes, que dificultan el aislamiento y la represión. Asimismo, estos planteos tienden a aumentar los niveles de sensibilidad social, incrementando el aprovechamiento de las oportunidades políticas y las coyunturas. En este último sentido, más allá de su origen o representación "sectorial", las organizaciones de desocupados han seguido una serie de estrategias de los movimientos sociales clásicos: preocupación por el consenso, por la presentación universalista y articulada de las reivindicaciones, interpelando no sólo a las clases dominantes sino a terceros.

Siguiendo a Tarrow, el poder de la acción colectiva procede, fundamentalmente, de tres características potenciales, que él va a llamar: desafío (entendido como la ruptura de una convención que desafía la autoridad), incertidumbre (referida no solamente a la duración de la medida, sino también a su coste, posibilidades de violencia, etc.) y solidaridad (tanto en el fortalecimiento del grupo como en la posibilidad de ampliación del apoyo a la medida). "*Si bien el desafío, la incertidumbre y la solidaridad son propiedades presentes, en mayor o menor grado, en todas las acciones colectivas, algunos tipos maximizan el desafío, otros la incertidumbre y otros la solidaridad*". Es indudable que las acciones emprendidas por los diversos grupos, los cortes protagonizados por los Movimientos de Desocupados y las puebladas en el interior, pueden ser analizadas o comprendidas bajo estos tres parámetros, aun cuando la primacía que adquieran varía dependiendo tanto del momento histórico y político, de la localidad, del grado de organización, del origen de los manifestantes y del nivel de desafío de las demandas. Como veremos más adelante la lógica política y reivindicativa del "corte de ruta" cambia con los actores, los lugares, las circunstancias y también evoluciona con el tiempo.

El "corte de ruta", sin embargo, no puede ser analizado sólo como un comportamiento colectivo con valor instrumental en el contexto de un conflicto. El "piquete" y las situaciones de conflicto que conforma poseen claros atributos "subjektivantes", en tanto que experiencia emocio-

¹⁵ Las posiciones pueden variar entre la represión ejemplificadora, la represión disuasiva, la cooptación, la integración, la institucionalización y no puede faltar tampoco el efecto "tribuno del pueblo" ya que para algunos miembros del gobierno el plegarse a las demandas de los movilizados puede significar la oportunidad de "despegarse" del desgaste generalizado de las elites dominantes. Los casos de E. Martínez y de A. Caffero, ambos miembros del Ejecutivo nacional, ante los graves conflictos en Salta a fines de 2000, son casos ilustrativos

nalmente intensa,¹⁶ de fuerte compenetración con un nosotros, de crecimiento de la autoconfianza y de estrechamiento de lazos solidarios, además de un aprendizaje organizativo, todos elementos propios de la dinámica del compromiso psicológico tan bien estudiado por Alberoni en los llamados “estados naciotes” de los movimientos sociales (1991).

Un primer elemento generador de significación es que el corte de ruta permite, de por sí, la multisectorialidad de sus integrantes. “Los cortes de ruta trasladan la lucha al espacio territorial donde los trabajadores se pueden expresar en su actual heterogeneidad, no ponen en riesgo el bien más preciado: el trabajo, generan una mística, un espíritu comunitario que complementa los beneficios de la olla popular (porque en los cortes se comparte la comida), permiten recuperar la autoestima del desocupado, que de estigmatizado se convierte en el reclamante, en un dedo acusador que interpela a los gobiernos y al modelo que lo excluye” (Cieza, 2000). La participación permite tomar conciencia de interés común, lazos de solidaridad e identidad compartida, igualando quizás el proceso verificado a lo largo de las huelgas prolongadas donde huelguistas y familiares terminan por conformar un fuerte colectivo identitario. El corte constituye además un “espacio social abierto”, con débiles o nulos mecanismos de selección o barreras de acceso. Cualquiera llega al corte, cualquiera participa y, a través de allí, cualquiera participa en las decisiones. Todos los participantes son decisores, sin mayores mediaciones. De cliente, de votante, de afiliado, pasan a poder decidir acciones. Allí mismo se construye una identidad, diferenciando a través de fenómenos cooperativos y solidarios (ollas populares, carpas comunitarias, etc.) la cultura del grupo de las pautas generales o de “los otros”.

D’Elía graficaba las significaciones de los cortes de tipo masivo, que se registran a partir de julio de 2000. La familia entera participa en el corte, lo que convierte a la medida en sí en un lugar de referencia y construcción identitaria. “La gente en las carpas aprende a conocerse, se cuenta sus cosas, se cuenta la vida... el corte es como un gran grupo de autoayuda... Hemos tenido experiencias tan buenas en algunos cortes que muchos compañeros no se querían ir. Para muchos estar en la ruta es tener la comida garantizada, protección, música, ser reconocido, ser escuchado... para muchos es estar mejor que en su casa... no hay drogas, no hay borrachos, no hay peleas, no hay robos”.

Por otro lado, en casi todos los cortes de ruta se realizan asambleas plenas, con niveles de participación sumamente ele-

vados. El corte resulta también un lugar de aprendizaje y socialización política: se mira televisión, se escucha la radio, se intercambian opiniones, y en muchas ocasiones se asume la responsabilidad de tomar decisiones importantes: aceptar o rechazar propuestas de negociación, enfrentar o no a la policía, elegir el lugar para cortar, etcétera.

Hacia adentro, el corte es un lugar de afianzamiento en la cohesión, y por tanto asume el carácter de ritual o ceremonial: sin dudas el corte es un lugar de hermanamiento aun cuando en muchos de ellos convergen grupos o vecinos de barrios distintos.

Hacia fuera también constituye una fuente generadora de subjetividad. El “corte” se convierte, en la representación pública de los medios masivos de comunicación, en “piquete”.¹⁷ En el transcurso del conflicto, la acción colectiva se va construyendo a través de la imagen en un discurso, una significación, o un “ícono”, al decir de Klandermans (1999), más allá de las palabras de sus dirigentes. La espectacularidad y las repercusiones introducen en el flujo social de significaciones nuevas representaciones acerca de la estructura social y sus contradicciones, y puede servir de inspiración para otros sectores menos organizados pero proclives a la acción colectiva.

En este sentido, la presencia de los medios de prensa es esencial.¹⁸ La estrategia de imagen que se ensaya en los piquetes también es variable y está asociada a la concepción del piquete: en un caso se busca maximizar el desafío generando grandes embotellamientos vehiculares,

mostrándose con el rostro cubierto¹⁹ y con palos en las manos, grandes humaredas de las gomas incendiadas, mayoría de jóvenes, menos mujeres y casi nada de ancianos o niños; en otro caso se busca maximizar la solidaridad y la legitimidad de los reclamos mostrando una composición mayoritariamente femenina, la incorporación de menores y ancianos, las condiciones de precariedad de sus protagonistas,²⁰ que tiende a traducir gráficamente situaciones de injusticia colectiva coincidentes que se pretenden fuertemente sensibilizadores para los habitantes de la Capital Federal y los “decisores” de clase media (incluidos

¹⁷ Hay que notar que para los entrevistados de las diversas organizaciones la selección léxica es “el corte” más que “el piquete”. Incluso Alderete y D’Elía claramente subalternizan o evitan llamar a sus movimientos y organizaciones como “piqueteros”. Por otro lado, la connotación de violencia o fuerza que tiene la figura del piquetero no condice con el carácter masivo, familiar y reflexivamente político que se le quiere dar a este recurso de acción colectiva.

¹⁸ “Si no tenés prensa, el corte no existe” (Luis D’Elía, entrevista).

¹⁹ Desde siempre los grupos de desocupados “de palos y pasamontañas” han intentado ser utilizados como “íconos” amenazantes por los sectores del periodismo empeñados en demonizar la protesta social. Estos grupos siempre han explicado que los rostros cubiertos son formas de protección contra las represalias de la policía en los barrios, y que los palos tienen por función impedir la infiltración.

²⁰ “Se veían muchas mujeres mal abrigadas”, *Página/12*, p. 8.

¹⁶ Varios testimonios en las entrevistas muestran el carácter fuertemente subjetivante de la participación en el primer corte: “yo me sentía distinta... cuando salí a la ruta con tantos compañeros sentía que recuperaba la dignidad”. Otro: “en la ruta empecé a confiar en que muchas cosas se pueden cambiar... que hay que intentarlo”.

los periodistas).²¹ Las demandas identitarias de visibilidad –ser reconocidos– se combinan con las demandas de subjetividad –reconocerse como un nosotros– (Scribano, 1999) y el papel de los medios es importante porque brinda tanto visibilidad y oportunidades de extensión de la solidaridad, como medios de autorreconocimiento y simbolización de ese nosotros.

Aunque esta descripción es ciertamente polarizada y esquemática podría decirse que permite acceder a una comprensión de las tensiones y diferencias que atraviesan este nuevo repertorio de la acción colectiva.

Diferentes formatos y procesos identitarios

Desde los orígenes mismos surgen diferencias y matices en la lógica de la acción colectiva, que tienen una serie de implicaciones en la formación de identidades y subjetividades. Vamos a analizar cuatro tipos de formatos de “corte de ruta” como distintas versiones de un recurso de acción colectiva de protesta, basándonos en los conceptos de desafío, solidaridad e incertidumbre de Tarrow, en la presencia anterior de organizaciones sociales estables con experiencia de movilización y en los procesos simbólicos generados.

El corte de ruta en las primeras puebladas: estrategia de incertidumbre

Más allá de configurar un repertorio de acción diferenciado, el “corte de ruta” aparece en las puebladas del interior del país, tras el agotamiento de una serie de luchas previas. En el caso de Cutral-Có precisamente, el antecedente más remoto de una organización de desocupados se remonta a octubre de 1995 cuando la denominada Coordinadora de Desocupados (formada por delegados de veinte barrios, con la participación del Partido Obrero y el MAS marchó a la Casa de Gobierno Provincial para reclamar por el pago de un subsidio de 200 pesos para jefes de

familia desocupados que estaba estipulado en la “ley 2128” prometidos por el gobierno del Gobernador Jorge Sobisch (MPN) y donde fueron reprimidos. Como resultado fueron detenidos dirigentes obreros pertenecientes al

Movimiento al Socialismo (MAS), entre ellos un candidato a presidente por esta fuerza política.

La ausencia de organizaciones sociales con experiencia movilizadora y trabajo anterior, notoria ausencia del SUPE, el sindicato más importante, hace que las demandas tiendan a canalizarse a través del extendido sistema asistencialista y clientelista del MPN. Pero el descontento de docentes y empleados públicos y en menor medida de los partidos de izquierda militante que trabajaban con desocupados parecen inasimilables para el sistema político local.

El primer corte de ruta que se registró en Cutral-Có y Plaza Huincul en junio de 1996, fue llevado adelante por sus pobladores y el *proceso enmarcador*; es decir la orientación cognitiva que organiza la percepción (McAdam y otros, 1999) de este conflicto surgió ante el fracaso del último proyecto de radicación de una planta de fertilizantes en la región. El gobierno de Felipe Sapag, tras su asunción (diciembre de 1995) trabó el acuerdo suscrito entre el anterior gobierno, que encabezaba Jorge Sobisch y la empresa empresa Agrium y suspende, en junio de 1996 el compromiso del aporte provincial para la instalación de la planta. Ésta es la situación que actúa como detonante de un conflicto, en cuya finalización se registra la firma de un primer acuerdo. Es justamente debido al incumplimiento de esos compromisos que en el año 1997 se reiniciará la protesta con una presencia masiva en los cortes, mayor nivel de combatividad y de repercusión, así como una fuerte inscripción política del conflicto en las contradicciones internas del oficialismo provincial. El fracaso de los proyectos de instalación de fuentes de trabajo en la zona por las disputas internas entre las dirigencias políticas parece haber significado una suerte de “cognición caliente” (McAdam *et al.*, 1999: 370) y reenmarcamiento en la comprensión de la situación y la necesidad de la acción colectiva masiva, con una clara percepción de que las demandas debían expresar las necesidades del pueblo en su conjunto y no de algunos sectores. La percepción de que estaba en juego la “subsistencia” misma del pueblo se manifestaba elocuentemente en una frase reiterada hasta el hartazgo: “no queremos ser un pueblo fantasma”.

Esta primera lectura muestra el recurso al corte de ruta como una forma de acción colectiva capaz de sostener el conflicto en el tiempo y confrontando a varios niveles, forzando la interlocución del gobierno nacional. La dinámica asamblearia del corte, su amplitud multisectorial, y la autonomía de los participantes lo desprenden de las contradicciones internas del MPN y al calor de la represión y la aparición de otros focos de conflicto van perfilando el surgimiento de nuevas representaciones sociales (aparece “el piquetero”).

²¹ A través de los relatos personales, de las pequeñas historias de vida que se plantean en medios periodísticos, se establecen conceptos claros vinculados con la injusticia, la miseria y el abandono, así como con la solidaridad y la posibilidad de ayuda mutua. “Estamos abandonados, nadie se ocupa de nosotros. Sólo nosotros nos podemos ayudar”.

Las regiones en las que se registran las primeras puebladas cuentan con una serie de antecedentes significativos. El más llamativo aparece ligado a la privatización de YPF (1991) cuando, tras la negociación de la Federación de Petroleros Unidos (SUPE), y el levantamiento del paro general propuesto, tres regiones que no acatan esta directiva nacional: Neuquén (Comodoro Rivadavia, Cutral-Có), la destilería La Plata y las regionales de Tartagal y Mosconi.

En Salta, en abril de 1994 y como correlato de otros episodios ocurridos meses antes en Santiago del Estero y Tucumán, una protesta docente terminó con el incendio de la legislatura. En enero de 1995 comenzaron los piquetes cuando ex trabajadores de un Ingenio azucarero en General Güemes cortaron la estratégica ruta 34 (paso obligado desde y hacia Bolivia) y protagonizaron un enfrentamiento con la gendarmería que arrojó 21 heridos.

La movilización de los pobladores de Tartagal se produjo en mayo 1997 —con el antecedente de las protestas de Cutral-Có y Plaza Huincul— y tras varios días de corte de ruta en reclamo de la creación de fuentes de trabajo, culminó con la destitución de las autoridades del departamento de San Martín. Los docentes dieron un fuerte apoyo, realizando un paro y exigieron a la CTERA (su confederación nacional) la implementación de una medida, al tiempo que se destacó la solidaridad de los estudiantes, así como la de los comerciantes, que cerraron sus puertas.

Estas protestas —Salta y Cutral-Có— mantienen evidentemente algunas características comunes. Como rasgo sobresaliente, se ha destacado la importancia que la empresa petrolera, YPF, tenía no solamente en la vida económica de sus poblaciones, sino también como articuladora social y cultural. Al mismo tiempo, coinciden en la ausencia de organizaciones previas, tanto de origen sindical como social (en Cutral-Có, las identidades previas aparecen más bien ligadas al plano de lo político). Presentan, entonces, un bajo nivel de desafío (sus reclamos están orientados a la reactivación económica o al otorgamiento de subsidios), pero generan un amplio grado de solidaridad. De hecho, son acciones consideradas “fundantes” por el movimiento de desocupados. Así, puede suponerse que generan importantes componentes identitarios, que se han visto reforzados por las acciones represivas verificadas en ambas localidades. En este sentido, vale la pena remarcar que los dos muertos (Teresa Rodríguez, en Cutral-Có y Anibal Verón, en Salta) han sido convertidos en símbolos del movimiento de desocupados, dando sus nombres a importantes grupos.

En los casos de Cutral-Có y el norte de Salta, el corte de ruta aparece como una forma de presionar a las autoridades nacionales, buscando una nacionalización del escenario del conflicto, disparando disputas entre las autoridades nacionales y locales, y diversos posicionamientos

dentro mismo de las dirigencias y funcionarios oficiales. La inevitable intervención de las primeras espadas del gobierno nacional, la movilización de fuerzas represivas y la atención de la prensa sobre estos conflictos, el temor a su propagación, la relativamente rápida oferta de negociaciones, los cambios permanentes de representantes de los pobladores en las negociaciones, junto con la prolongación del corte a pesar de los riesgos represivos, pueden considerarse elementos que basan la eficiencia de la acción colectiva en la capacidad de generar incertidumbre entre los oponentes y destinatarios de las demandas.

La enconada resistencia a la represión y a ser desalojados por la fuerza de la ruta muestra no solamente elementos identitarios vinculados con el orgullo, el coraje, sino también una apuesta a que la represión tiene costos superiores para las autoridades. Los testimonios indican que la decisión de resistir los desalojos estaba presente desde el comienzo mismo del corte de ruta: el escenario de enfrentamiento forma parte del corte mismo y de la eficacia “mediática” y “política” del mismo en tanto que amenaza a los poderes destinatarios de las demandas. El corte supone una definición acerca de que los costos políticos que tienen que pagar las autoridades por la represión también forman parte de los beneficios esperados y la resistencia a la represión es entendida como un medio de aumentar estos costos políticos. En este sentido, el corte plantea un verdadero jeroglífico a los poderes gubernamentales: si reprime puede generar resistencias y formas de acción colectiva aun más desafiantes, si negocia puede aparecer como una debilidad que incentive a un ascenso de la movilización reivindicativa. En ambos casos la desinstitucionalización del conflicto tiende a erosionar el poder y la capacidad de control político. Es en este preciso sentido que podría decirse que estos primeros cortes de ruta que se propagan por el interior del país privilegian el componente de la incertidumbre como elemento central. La enorme solidaridad interna movilizada coincide por otra parte con niveles relativamente moderados de desafío: las puebladas no impugnaron o intentaron derrocar autoridades legales, ni contuvieron reivindicaciones radicalizadas, ni siquiera aparecía en las demandas o las comunicaciones a la prensa una retórica contra la política económica o “el modelo” de exclusión.

La “pueblada organizada”

como soporte de altos niveles
de desafío: el caso de Jujuy

En Jujuy, en cambio, la crisis económica regional fue acompañada, a lo largo de toda la década, por fuertes movimientos de protestas protagonizados fundamentalmente por los estatales. Desde mediados de los

años 1990, al conflicto se le suman los movimientos de desocupados y los movimientos por trabajo o planes laborales.

El mayor antecedente en esta región se halla en el estallido social llamado "el jujeñazo" de marzo de 1994. En esta provincia, ya en los tempranos noventa se registra la conformación de una fuerte coordinadora de estatales, que ha mantenido posiciones críticas respecto del modelo desde un principio. El liderazgo de Carlos Santillán, Secretario General de los trabajadores municipales de Jujuy, condujo medidas de fuerza masivas y adquirió dimensión nacional, con la realización de la Marcha Federal.

El jujeñazo, ubicado en el mes de marzo de 1994, reflejó un severo enfrentamiento con el entonces gobernador, J.C. Finoseco, que culminó con su renuncia. Iniciado como un reclamo por incremento salarial, el conflicto derivó en paros prolongados y violentas marchas, en las que se cuestionó la política gubernamental y el plan económico. Luego de la dura represión que sumó 14 heridos de gravedad, el conflicto adquirió carácter regional, involucrando a los estatales de toda la región y aceleró la salida del gobernador (Pasquini et al., 1999)

20

En junio de 1996 se produce la "marcha de la dignidad", protagonizada por población de La Quiaca, que se movilizó hasta la capital provincial. La marcha fue encabezada por el cura de esa localidad, Jesús Olmedo²² y el dirigente municipal Carlos Santillán²³. La "Marcha de la Dignidad" —tal su denominación, según dijo Jesús Olmedo—, exige la concreción de un fondo de desempleo, terminar con los despidos de la administración pública y privada, el libre canje de bonos jujeños en pesos por ventanilla y el pago de los sueldos de la administración pública en tiempo y forma.²⁴ El 25 la marcha se fusionará con una protesta convocada por el Frente de Gremios Estatales, que además paralizó sus actividades y así como con el apoyo de la industria y el comercio. La protesta fue dirigida contra el gobierno provincial (Carlos Ferraro, PJ),

con demandas que giraron en torno a la creación de un fondo para desempleados y la plena convertibilidad de los bonos con los que se les paga a los estatales.

Las puebladas de Jujuy presentarán entonces otro tipo de componentes. Desde un inicio, sobresale su capacidad de coordinación (se organizan cortes simultáneos y coordinados en diversas localidades), posibilitada por la

²² El párroco de La Quiaca tomó notoriedad cuando encabezó la toma pacífica de la sucursal local del Banco de la Provincia por la falla de convertibilidad de los bonos públicos en pesos.

²³ Fue elegido secretario general de los empleados municipales de Jujuy, y desde 1990 encabeza las luchas de los trabajadores en el norte del país. Es dirigente de la Corriente Clasista y Combativa (CCC) de orientación maoísta. Su reconocimiento a escala nacional está dado a partir del papel que desempeñó en la organización de la Marcha Federal.

²⁴ Diarios *Crónica* y *El Día*: junio de 1996.

presencia del Frente de Gremios Estatales (FGE). Las medidas tienden a incluir a desocupados y municipales, siendo entonces menor la extensión de la solidaridad con el reclamo (o la multisectorialidad). En cambio, presenta amplios niveles de desafío, con un discurso fuertemente confrontativo contra las autoridades tanto provinciales como nacionales, contra el modelo económico, e incluso cuestionamientos al neoliberalismo, etc. Los rasgos identitarios aparecerían acá como previos. La pertenencia a la Corriente Clasista y Combativa o al FGE preexiste al inicio de los cortes de ruta y hace posible una utilización del corte como medida de lucha en el contexto de un movimiento complejo de organizaciones asentadas.

La Matanza: juego político entre la solidaridad y la incertidumbre

En el Gran Buenos Aires los antecedentes son escasos. En el mes de abril de 1996, la Comisión de Desocupados de Barrio Argentina, de la localidad de Berazategui, realizó una asamblea solicitando un subsidio de \$500 para todos los desocupados. En junio de ese año, los habitantes del barrio María Elena (que lidera Alderete) instalaron una olla popular frente al municipio en reclamo de alimentos. Ya en diciembre, una multisectorial —con amplia participación de referentes del movimiento de Derechos Humanos— efectuó una marcha en la localidad de Varela, con participación de Comisiones de Desocupados.

Sin embargo, en el año 1997 comenzaron a adquirir un desarrollo notorio. Así, las primeras protestas masivas que se registran en el distrito resultan, por un lado, apenas posteriores a las "puebladas" de Cutral-Có y Salta y, por el otro, van a coincidir con el año que marca el derrumbe electoral del Partido Justicialista en la provincia de Buenos Aires en los comicios de octubre. En este sentido, se ha establecido en numerosos artículos (véase Luis Oviedo, 2001) que el surgimiento o más bien la "masificación" del movimiento de desocupados en el conurbano bonaerense coincide con el debilitamiento progresivo del aparato de contención forjado por el justicialismo, cuya expresión más acabada estaba dada, en ese momento, por las llamadas "manzaneras". Otros autores (García Delgado; Javier Auyero, 2002) vincularán más el surgimiento de los movimientos de desocupados al debilitamiento progresivo del sindicalismo, como articulador de demandas entre clase obrera y peronismo, tras la diferenciación creciente de intereses derivada de los múltiples ajustes económicos. En este sentido, la modificación de lo que él denomina el "viejo modelo de acción colectiva" traería aparejada una fuerte ruptura de los lazos de solidaridad, con lo cual la protesta representaría

21

solamente a los directamente afectados. La discusión, entonces, estaría planteada entre quienes sostienen que las condiciones estructurales de los habitantes del conurbano podrían haber derivado en la formación o el surgimiento de movimientos sociales con anterioridad, pero que esta situación fue "evitada" o "postergada" merced a un fuerte sistema estatal y paraestatal de contención clientelar y quienes suponen que el debilitamiento progresivo de los canales "tradicionales" de protesta y reclamo (partidos políticos, sindicalismo) dio lugar a la aparición de nuevos movimientos, menos abarcativos y, por ende, más sectoriales.

El primer corte de ruta protagonizado por desocupados que se verifica en la provincia de Buenos Aires se realiza en el mes de junio, en las cercanías de la ciudad de Mar del Plata. Con características netamente sectoriales, y sin apoyo o presencia de ningún tipo de organización, los vecinos del Barrio José Hernández mantuvieron interrumpido el tránsito en la ruta 88, frente al Parque Industrial, a lo largo de cinco días. Contrariamente a los Movimientos que sobrevendrían después en la provincia —especialmente en el conurbano—, la medida aparece protagonizada por jóvenes. Ante todo son pobres y marginados... mayormente jóvenes, de entre 18 y 25 años".²⁵ Esta Unión de Vecinos Organizados reclamó, en primera instancia al gobierno comunal, la entrega de alimentos y la creación de trabajo, exigiendo la reactivación de la zona portuaria.

En julio de 1997, los cortes de ruta se trasladan al conurbano bonaerense, en el partido de La Matanza, liderado por la Corriente Clasista y Combativa, en la localidad de Gonzalez Catán. Además de la CCC participó el Partido Comunista, el grupo Quebracho, Patria Libre y la Corriente combativa de Villas y asentamientos. El grupo mantuvo la ruta 3 cortada por cuatro días y presentó un petitorio a la municipalidad. En este primer corte, el Estado provincial tuvo una respuesta muy dura y diferenciada. Sin establecer canales de diálogo, derivó el problema a la justicia, quien ordenó el desalojo de los "piqueteros". Aun cuando no se registró, en los medios masivos de comunicación la existencia de heridos o detenidos ni se relevaron episodios de represión, Luis D'Elia menciona en la entrevista que "los cagaron a palos". Tampoco las instancias municipales o nacionales abrieron ningún canal de diálogo. También aquí la represión parece haber actuado como motivante de solidaridad, al producir un acercamiento entre la CCC y la FTV.

En ese mismo momento y a lo largo del mes de agosto, la FTV ocupó en forma pacífica el Sagrado Corazón, en reclamo de alimentos y medicamentos. Tras una toma prolongada, la policía cercó la parroquia presuponiendo un intento de corte de ruta. La mediación de la Iglesia y la intervención de Caritas determinó el fin de esta ocupación,

"Un grupo de villeros ocupó la iglesia" fue, sin embargo, el titular que mereció este reclamo para el diario *Crónica*. Pese a haber sido protagonizada por una organización de envergadura, como la FTV, integrante de una de las centrales sindicales, la forma que adquirió esta protesta, sus características pacíficas y cuasi religiosas, su limitación sobre la problemática de los alimentos (no consta ningún reclamo por trabajo en este momento) parecen haberla excluido o apartado de las acciones encabezadas por el incipiente movimiento de desocupados local. Este enmarcamiento, este mensaje diferenciado no parece, sin embargo, haber sido no intencional.²⁶

Nos encontramos aquí, al menos en La Matanza, con la preexistencia de organizaciones sociales de tipo territorial que incluyen una tupida red de comedores, cooperativas, juntas vecinales, roperos, etc., cuya presencia otorga al grupo características diferenciadas. Sus dimensiones organizativas y culturales no parecen haberse modificado en los quince años que median entre la toma de tierras y el surgimiento del Movimiento de Desocupados "Los liderazgos (*y las organizaciones*) son los mismos y las demandas cambian"²⁷ Estos grupos "fundacionales" de La Matanza registran así una de sus más notorias particularidades, que de alguna manera los diferencian del resto de las organizaciones de desocupados, que radica especialmente en la existencia previa de identidades y organizaciones con largas trayectorias en los barrios

Otras de las características particulares del movimiento matancero radican en que tanto la Federación de Tierra y Vivienda como la Corriente Clasista y Combativa pertenecen a organizaciones sindicales. El elevado nivel de articulación que el Movimiento de La Matanza mantiene con las organizaciones sindicales otorgan, casi desde el principio, un dinamismo significativo a sus medidas. Así, la presencia de docentes, estatales y trabajadores de la salud (nucleados en ATE, CICOP y SUTEBA del CTA, o en seccionales en manos de la CCC) resulta significativa desde el comienzo.

Las acciones, fundacionales en el ámbito provincial, mantienen algunas cualidades comunes. La Iglesia verifica una presencia significativa en este período inicial y, en este sentido, puede caracterizarse como "entorno huésped" en la definición de Sydney Tarrow (1997).²⁸ La primera medida significativa de la FTV Matanza es la ocupación de la parroquia del Sagrado Corazón, que luego se convirtió en el centro de reuniones del movimiento. Las misas están presentes, desde el ini-

²⁵ En 1997 Alderete intentó cortar la ruta en Casanova y los cagaron a palos, nosotros no jugamos con ellos, porque estaba el pierrismo y era una cosa complicada. Ocupamos un mes y medio el santuario del Sagrado Corazón, tratando de no quedar pegados (Luis D'Elia, entrevista, junio de 2001)

²⁶ Luis D'Elia, entrevista (la cursiva es nuestra)

²⁷ Las distintas instituciones preexistentes son entornos "huésped" poco costosos en los que pueden germinar movimientos

cio, como forma de reclamo. En estos casos iniciales, la presencia de la Iglesia no solamente permite una pronta legitimación de los reclamos, sino que también colabora como "protección" sobre posibles acciones represivas.

La formación del Consejo de Emergencia a nivel distrito en la que participan las organizaciones y una importante red de contactos político-institucionales que abarcan incluso muy buenas relaciones con el intendente Ballestrini del Partido Justicialista, completan un marco de actuación en donde el recurso a la acción colectiva es inmediatamente una medida destinada a los gobiernos nacionales y provinciales. Este rasgo político del conflicto entra en sintonía con la fuerte identidad "matancera" que se expresa en los piquetes que por momentos se sobrepone incluso sobre las identidades de las organizaciones. De hecho, el grito o la consigna identificatoria de las columnas de la FTV y la CCC es "Matanza, Matanza" y no "Piqueteros". Así, estos grupos señalan, por un lado, un mayor nivel de masividad, fuertes lazos identitarios, tienden a privilegiar los componentes de solidaridad en las medidas, menores niveles de desafío,²⁹ y manifiestan menores niveles de interrupción o posibilidad de violencia.

Por otro lado, los mismos dirigentes han manejado con sentido de oportunidad la denominación de piqueteros. Los dirigentes tienden en las declaraciones a evitar el uso de esa denominación y enfatizar su pertenencia a las organizaciones: el uso de las pecheras distintivas en las movilizaciones, y el hecho de que las Asambleas realizadas durante el 2001 se hayan denominado "Asambleas de organizaciones sociales, territoriales y de desocupados" supone también un intento de despegar los posibles componentes políticamente inquietantes que puedan ser aprovechados por los adversarios especialmente en el campo de los medios de comunicación.

Otro componente importante de la identidad es el énfasis en la pertenencia a grupos organizados a la luz pública y el permanente intento de diferenciarse de "saqueadores", grupos "violentos" o "clandestinos". Tampoco se quiere aparecer como grupos "duros" o incapaces de dialogar con otros sectores o con los adversarios.

"La negociación forma parte de la pelea, lo mismo que el corte de ruta... Lo que no admitimos es la traición sea en la negociación o sea en la ruta... en última instancia siempre son los compañeros de los barrios los que deciden cuándo pelear, cuándo negociar, cuándo aceptar o cuándo rechazar una oferta".³⁰

²⁹ Guido Lorenzini, Coordinador de las Gerencias de Empleo del MTSS señala en la entrevista: "D'Elia es "muy vivo", muy buen negociador y traduce un juego como de "prototo" entre los dos, donde los desocupados ponen grandes demandas encabezando los petitorios y después agregan planes, alimentos, medicamentos, etc. que es por lo que en realidad van. De hecho, fundamenta el "fracaso" del plan de acción de cortes prolongados en que las demandas estaban "en las nubes" con lo que no había negociación posible. "Pese a todas las veces que nos juntamos en el transcurso de esos cortes no había posibilidad de negociación".

³⁰ Entrevista a Luis D. Elia, junio de 2001.

El corte como estrategia disruptiva: los grupos del Sur del GBA

En la zona sur del Gran Buenos Aires, la presencia de la Iglesia y su relación con la fundación del movimiento de desocupados resulta sumamente significativa. La participación de la pastoral social en la multi-sectorial, el fuerte apoyo del Obispo Novak³¹ en el corte de ruta del mes de octubre de 1997 y, especialmente, la presencia del Padre Spagnuolo³² en la iniciación del Movimiento de Trabajadores Desocupados de San Francisco Solano son algunos de los datos iniciales. En Mar del Plata, donde la organización del movimiento traduce rasgos de mayor debilidad, la mediación del Obispo Arancedo permite, en el primer corte, la realización de un acuerdo, al tiempo que la donación de alimentos de Cáritas contribuyó al sostenimiento de la olla popular. Posteriormente, los desocupados ocuparán la Catedral de la ciudad, generando un conflicto con sus autoridades. También en la zona sur del GBA la relación con las autoridades eclesiásticas se irá modificando, a medida que el Movimiento de Desocupados avance en los niveles de organización, culminando con la expulsión del Padre Spagnuolo de las filas de la Iglesia.

A pesar de este papel de entorno huésped en la fase naciente de la Iglesia, la mayor parte de las organizaciones de la zona sur del GBA ha surgido o se ha consolidado en el curso de la lucha, es decir, a partir de la implementación de los primeros cortes. La formación inicial de pequeños grupos zonales deriva, posteriormente, en la creación de alianzas y coordinadoras, con gran capacidad de movilización y coordinación de acciones.

La ausencia de "coberturas" o plafones políticos e institucionales que redujeran los costos y la exposición a la represión, obligaba a cifrar el éxito de las luchas en la capacidad demostrable de interrupción y amenaza. Es en este punto en que puede explicarse las preferencias por las acciones de "choque". Las mayores posibili-

³¹ El día 14/11/97 la Vicaría quilmeña emitió un comunicado, en el marco de un corte prolongado, que tras la reunión realizada entre el obispo Jorge Novak y el MTD de Florencio Varela y San Francisco Solano "la Iglesia, en su Magisterio Social, defiende el derecho al trabajo, en condiciones estables y dignas. La Iglesia denuncia el fenómeno de la desocupación como una epidemia [] también sostenemos el derecho de los trabajadores a organizarse para defender y promover los derechos que legítimamente lo asisten. Es una constante del Magisterio de la Iglesia desestimar el recurso a la violencia de quien quiera que sean sus autores, la violencia de la opresión, la violencia de la provocación, la violencia de la represión. Sabemos que el corte de rutas no es el único método pero, a veces, y tal vez en este caso, ante la falta de respuesta de los responsables y el no cumplimiento de los acuerdos nos preguntamos si el mismo, no se torna el único posible, por la reacción que genera en nuestros gobernantes la cobertura que le dan los medios" (*Diario Popular*, 2).

³² El Movimiento de Trabajadores Desocupados de Solano surgió en agosto de 1997, en el seno mismo de la Iglesia, en la parroquia, con el acompañamiento del sacerdote de la parroquia Nuestra Señora de las Lágrimas, Alberto Spagnuolo.

dades de ser reprimidos, hacia que a falta de otras alternativas, las acciones fueran mucho más audaces aun a riesgo de aumentar el aislamiento. Los primeros grupos en Florencio Varela del MTR fueron reprimidos en más de una oportunidad pero llegaron a “invadir” la Intendencia en un par de oportunidades y conseguir también una buena cantidad de distribución de planes de empleo

El recurso político de presión reside en el carácter amenazante de la acción colectiva más que en el crecimiento de la solidaridad y el apoyo de la opinión pública. Los testimonios de algunos miembros del MTD de Lanús y de Solano son coincidentes: “los políticos de acá, sólo entienden cuando sacás la gente a la calle si no te forrean todo el tiempo o te quieren comprar, que trabajes para ellos”. El énfasis en la autonomía de políticos y sindicatos, y los criterios de horizontalidad también coadyuvan para manejarse exclusivamente a través de la acción colectiva. Para ellos, los cortes tienen un significado “revolucionario” en tanto que impiden la circulación de bienes trastornando el interés del capital, y también un significado reivindicativo: “la capacidad de presión sobre las autoridades es la que permite acceder a los planes, las bolsas de comida, los medicamentos, las zapatillas...”

26

Por eso los cortes tienen que ser lo más disruptivos posibles: accesorios importantes, frente a edificios del poder político, acompañados con acciones agitativas, y la imagen también juega un papel importante: los pasamontañas, los palos, las gomas quemadas y la actitud desafiante forman parte de esta lógica en donde la capacidad de alterar el orden, el nivel de desafío juega como uno de los pocos recursos políticos.

A diferencia de La Matanza, los factores identitarios no preexisten a la formación del movimiento, o son más débiles. Las consignas y la autodefinición giran aquí en torno a la figura del “trabajador desocupado” y del “piquetero”. Incluso, como ya se ha mencionado, los nombres de las agrupaciones guardan relación con los de los militantes asesinados en la represión. Estos grupos manifiestan un mayor nivel de desafío, con consignas que traducen un mayor nivel de impugnación. Su propia “iconografía”, el rostro de los protagonistas normalmente está oculto tras un pasamontañas, la persona está oculta, lo acerca a la posibilidad de interrupción. A diferencia de los grupos matanceros, que intentan atribuirse determinado grado de representación general o nacional del sector, los grupos de zona sur se atribuyen la representación de los pobres, a los desposeídos y, fundamentalmente, a los que luchan,³³ y refuerzan las imágenes de “dignidad” y “valentía”. Esta base de producción de autopercepciones implica que la figura del “piquetero” brinda de-

³³ “Nos organizamos a partir de nuestras necesidades para luchar por nuestros derechos” Rodolfo de Diago, Solano Vive

terminadas fuentes de subjetividad donde no existen otras fuentes alternativas significativas. Los movimientos de desocupados tienen mayor cantidad de jóvenes, “muchos de ellos no trabajaron nunca, no saben lo que es un horario, una obra social”, sin identidades ni experiencias asociadas al mundo del trabajo. La identidad surgida en el seno del trabajo de los movimientos y en el piquete resulta así su principal fuente de satisfacción de demandas de visibilidad y autorrepresentación. La figura del “piquetero” puesta en circulación masiva como recurso periodístico es rápidamente resignificada y adoptada por los grupos con menores soportes organizacionales e identitarios previos.

El surgimiento del “ícono político” y la institucionalización relativa del corte de ruta

La masificación del “conflicto en la rutas”, produjo un “efecto de inducción” (Eckstein, 2001) o actuó como detonante de nuevos conflictos y reclamos a partir de mediados de 1997. El efecto de inducción se hace evidente porque las protestas generan oportunidades que son aprovechadas por nuevos grupos (Goldstone, 1996). Las respuestas de Estados, gobiernos y fuerzas represivas comienzan a institucionalizarse: aparecen funcionarios y reparticiones específicamente encargadas de estos conflictos. A su vez la repetición de las protestas en la ruta y al llegar al límite de su multiplicación geográfica supone en cierta medida valores de “amenaza” decrecientes por lo que comienza una suerte de “institucionalización” relativa o ritualización del repertorio que puede disminuir la capacidad de presión reivindicativa y en algunos casos saturar a la opinión pública e irritar a otros sectores.

27

Puede decirse que en el año 2000 el Movimiento de Desocupados adquiere características masivas, al tiempo que comienza a situarse en el centro de la escena política nacional. Más allá de la evolución interna u organizativa de los grupos (derivada fundamentalmente de la fuerte alianza que se establece entre la FTV y la CCC y de la posterior coordinación con grupos de la zona sur) se modifica la composición política gubernamental. Estos cambios involucran no solamente al Gobierno Nacional, sino que también se verifican en la provincia de Buenos Aires y en los distritos. Pese a que en el gobierno provincial se mantiene el signo político del partido gobernante, existe, por ejemplo, minoría del oficialismo en los cuerpos legislativos. Esta situación se reitera en La Matanza. En la zona sur la Alianza triunfa en Quilmes, Lomas de Zamora y Avellaneda, mientras que en Florencio Varela y Lanús se mantiene el predominio justicialista. Este rediseño gubernamental, caracterizado como una especie

de "empate de poder" que se dio en la Argentina a partir de diciembre de 1999 determinó un importante nivel de apertura relativa del sistema institucionalizado, derivado de una fuerte disputa política entre los diversos niveles gubernamentales. Aparece en esta coyuntura lo que Gamson y David Meyer (1999) han llamado un "momento abierto", es decir una gran oportunidad por la vulnerabilidad del poder estatal.

A esto debe sumarse la abrupta reducción de Planes de Empleo que otorga el gobierno nacional. En la La Matanza el promedio cae de 1.400 mensuales para el último semestre de 1999 a unos 800 en los cuatro primeros meses del año 2000.³⁴ En Florencio Varela, el segundo semestre de 1999 indica un promedio de 1.400 planes mensuales, mientras que en el primer semestre de 2000 se verifican solamente 522. La diferencia se acentúa en el distrito de Quilmes, donde los últimos seis meses de 1999 el promedio de planes se ubica en 2000, mientras que en los seis primeros del año siguiente alcanza los 620. Los llamados "factores precipitantes" (Smelser) entendidos como *acontecimientos que disparan realmente la acción directa* podrían encontrarse en estas abruptas reducciones, a la vez que la mencionada vulnerabilidad del poder estatal posibilitaría, por ejemplo la conformación del Consejo de Emergencia,³⁵ en La Matanza. Por último, la existencia de un "grupo coordinado" aparece dado no solamente en la presencia de la FTV y la CCC, sino especialmente por la coordinación de acciones entre las dos entidades que, según Luis D'Elia comienza a producirse a partir del mes de agosto de 1999. En las localidades del sur se registra también una acción conjunta creciente de los grupos coordinados por Martino y Spagnuolo, que se mantiene hasta mediados de 2001.

El enfoque de Touraine resulta iluminador en la definición que él denomina "campos de acción". El término refiere a las conexiones entre el movimiento social y las fuerzas contra las que se alinea. Dice Touraine "el proceso de negociación recíproca implicado en un campo de acción puede conducir un cambio en las circunstancias que el Movimiento intentaba transformar, pero también una confluencia de perspectivas. Agrega que este proceso redefine los grupos u organizaciones opuestas".

Este *momento abierto* impactará también en el desarrollo del Movimiento de Desocupados del interior del país, especialmente en Salta y Jujuy. En la dinámica nacional, no puede perderse de vista que la implementación de los programas de empleo, o al menos su expansión en tanto instrumento de contención fue una respuesta del Estado nacional ante los primeros "cor-

tes" producidos en el año 1997. Esta misma respuesta dio origen, base y sustento al Movimiento de Desocupados nacional, no sólo en cuanto factor de demanda, sino al facilitar de manera notoria su organización, especialmente a partir del 2000, tras la implementación de los PEL.³⁶

La dinámica de relación con el Estado, así como la variabilidad de las circunstancias políticas aparece, entonces, tanto en el surgimiento del movimiento local de desocupados como en el fuerte crecimiento que se produce a partir del año 2000. Es decir, por un lado debe considerarse la crisis fiscal del Estado, y su consecuente pérdida de capacidad de regulación económica sobre el mercado de trabajo. Las mismas políticas de empleo público precario, que se generan o masifican a partir del año 1997 (Planes Trabajar) y que constituyen la primer respuesta institucional del Estado a los reclamos del Movimiento, se encuentran en la base de las reivindicaciones posteriores. Por otra parte, los planes de empleo (PEL) implementados a partir de 2000, constituyen una desestatalización de las formas de gestión y control. Estos nuevos planes generarán cambios significativos en la estructura de "reparto", alterando tanto la estructura clientelar de los partidos políticos tradicionales como de los gobiernos locales, en la medida en que son otros grupos e instituciones los que se harán cargo de su administración (incluyendo la nominación de "beneficiarios"). La Iglesia, las cooperativas, las asociaciones vecinales, e incluso los sindicatos se hacen cargo de los pedidos, gestiones y distribución. El papel de estas nuevas "administradoras" generó una renovada capacidad de presión sobre el Estado (especialmente en distritos como La Matanza, donde existían redes previas de conexión e interacción entre ellas), al tiempo que tendió a potenciar niveles de organización y movilización no controlables desde el poder político y los aparatos residuales del Estado de bienestar. Sin embargo, la fuerte estructura clientelar que el justicialismo aun mantenía en el conurbano –pese a su mencionada decadencia– permitió, sin duda, la generación de "administradoras" propias, afines a los gobiernos comunales. En cambio, tanto el radicalismo como el Frepaso, de escasa inserción en los sectores de menores recursos, tuvieron dificultades visibles para establecer este tipo de organizaciones.

En el Gran Buenos Aires, la institucionalización relativa del corte de ruta como acción colectiva se da a partir del año 2000, en un espacio de contradicción en el Estado, entre las políticas locales, provinciales y nacionales, así como los diversos intentos de instrumentación o utilización de los conflictos. También aparece presente el problema de deslegitimación de la representación política y la ineficacia de los medios políticos para satisfacer demandas sociales apremiantes.

³⁶ Los Programas de Emergencia Laboral, implementados a partir de marzo de 2000, son de carácter descentralizado (administrados por ONGs) y suponen la formación de grupos de 10 a 20 personas destinadas a una prestación comunitaria (comedores escolares, jardines maternos, atención primaria de la salud, etc.)

³⁴ Sobre la base de datos del MTSS

³⁵ Este "Consejo de Emergencia" integrado por el Intendente, los bloques de concejales, las organizaciones empresarias, la CGT rebelde, el obispado y las organizaciones de desocupados fue creado a partir de la iniciativa de Luis D'Elia y Ana González, concejales por el Frepaso

El corte de ruta, entonces, sin constituir una medida novedosa, se instala como modalidad particular para articular demandas. Constituye una medida modular de acción colectiva que tiende, sin duda, a reforzar los componentes de desafío y solidaridad, aun cuando pierde paulatinamente sus niveles de incertidumbre. Se hace previsible, desciende en su capacidad de amenaza. El proceso de agrupamiento de los movimientos es también una forma de combatir los efectos de la rutinización mediante la amenaza de la masividad y de la pérdida del "control político" de las clases populares por parte de los poderes instituidos. La generalización del uso de la denominación "piquetero" denuncia también la naturalización de su presencia en el escenario político: de la mano de la rutinización aparece la imagen que condensa "el piquetero".

Las imágenes de un piquetero de Cutral-Có, que durante abril de 1997 recorrieron todo el país fue fundante y constituyó en sí misma una forma específica de caracterizar este tipo de protesta, así como la identidad posterior del movimiento de desocupados. Klandermans introduce la noción de "ícono político" (Klandermans, 1999) como tipo especial de comunicación política que se lleva a cabo a través de imágenes, "la composición del significado se da al presenciar un espectáculo sin palabras".

30

Las características principales de este "ícono" estriban, por una parte, en su fuerte carácter de autosacrificio, transmitido por la imagen de grupos de personas en la ruta, con temperaturas bajo cero, en zonas muy hostiles. Amén de atentar contra la circulación de bienes, al bloquear el paso hacia la destilería de YPF, la amenaza del corte era también contra ellos, al aislar sus propias localidades y, en este sentido, simbolizaba hacia los demás la situación de desesperación o desesperanza por la que pasaban. Sugiere también valentía, ante la posibilidad de represión latente, dignidad, transmitiendo significados de "gente que no se resigna y pelea" y, por fin, compromiso con el futuro común, porque el corte es grupal y multisectorial. La diversidad de los participantes colabora con este último aspecto.

Conclusiones

Los cortes de ruta han constituido, en los últimos años, un nuevo paradigma en la acción colectiva de las clases subordinadas, desafiándonos a desentrañar sus sentidos. Surgidos a la luz de acciones de movimientos campesinos e indígenas, utilizados luego por el sindicalismo no como medida sino como garantía de la huelga, han comenzado a formar parte del repertorio de acción de los trabajadores formales a partir de mediados de la década del noventa y se han convertido, con posterioridad a 1997, en la forma de acción más utilizada por los trabajadores desocupados y los protagonistas de las "puebladas", en un símbolo a través de su traducción mediática.

La ocupación de la ruta, la calle, los espacios públicos en general, se corresponde con la virtual desaparición de la fábrica, la empresa o la repartición. Entre la ausencia y el anonimato de la "patronal" se produjo un paulatino desplazamiento de las demandas al Estado, alterando tanto el nivel de politización de los reclamos como los niveles de desafío planteado. Los conflictos abandonaron paulatinamente el ámbito privado (por su inexistencia), para trasladarse hacia lo público. Lo público, en este caso, se plasmó en la ruta.

En tanto que medida de acción colectiva de protesta implica un importante nivel de alteración del orden público y de desafío a la autoridad. Combina esta capacidad de desafío, con un aprovechamiento de la incertidumbre en los planos políticos y con formas de desarrollar solidaridad en el plano social y de la opinión pública, que resultan esenciales porque abren el juego político y mantienen esperanzas en la continuidad de la acción colectiva, haciendo más difícil el aislamiento y la represión.

Las acciones emprendidas por los diversos grupos, los cortes protagonizados por el Movimiento de Desocupados, las diversas puebladas, pueden ser analizadas o comprendidas bajo estos tres parámetros, aun cuando la primacía que éstos adquieran varía dependiendo tanto del momento histórico y político, de la localidad, del grado de organización previa, del origen de los manifestantes y del nivel de desafío.

31

Los casos analizados parecen confirmar la hipótesis de que cuanto menor soporte de organizaciones sociales preexistentes, mayor recurso a la acción disruptiva y mayor propensión a adoptar una identidad vinculada a las repercusiones de dichas acciones. Al revés, cuanto mayor soporte de organizaciones sociales y relaciones institucionales preexistentes, mayor recurso a los elementos de solidaridad, masividad y alcance político en la utilización de los cortes de ruta.

Así, tanto las dos puebladas originales (Cutral-Có y Salta) y los primeros cortes en el Gran Buenos Aires parecen manifestar un mayor componente de solidaridad (con la imagen de desolación y abandono que se transmite por los medios masivos), implicando sin embargo un bajo nivel de incertidumbre respecto de la posibilidad de violencia, o de alteración del orden por parte de los manifestantes. Ellos por sí mismos no representan en ese momento un "peligro" para los decisores en cuanto a su posibilidad de acción, sino más bien a la posibilidad de extensión del conflicto y la sumatoria de aliados y reclamantes al mismo. El elemento de la incertidumbre juega en este punto: si en el interior la movilización masiva terminó convirtiéndose en piquetes y organizaciones de desocupados, en el GBA el piquete podría convertirse en "pueblada".

Los movimientos de desocupados, más cercanos a la Capital Federal y, sobre todo, con un nivel de participación y masividad notable, han agregado un fuerte poder de disrupción no violenta que descansa fundamentalmente en la incertidumbre. No es violenta, pero amenaza violencia. Así, los desocupados aparecen como "pacíficos" por elección y no por imposibilidad de recurrir a otro tipo de medidas.

Más allá de constituir, entonces, una medida de acción que no solamente responde a la necesidad de interpelación al Estado y la posibilidad de acentuar sus niveles de vulnerabilidad, medida que, por otro lado, permite la integración multisectorial de sus participantes, el "corte" construye, entonces, en sí, un discurso, una significación, y sirve a las veces de constructor de identidades. Constituyéndose en un espacio abierto, sin barreras ni criterios de inclusión, con amplios niveles democráticos y de participación, permite la igualación de sus integrantes, la comunicación y la solidaridad. Establece un lenguaje propio, a través de ollas populares y carpas y bailes compartidos y, en ese sentido, establece diferencias culturales respecto de los "oponentes"

Las puebladas iniciales indican varios rasgos comunes. En primer lugar, la conformación previa de las localidades en torno a la empresa YPF. La ausencia de organizaciones previas, al mismo tiempo, contribuyen a otorgar a las puebladas un bajo nivel de desafío (sus reclamos están orientados a la reactivación económica o al otorgamiento de subsidios), pero generan un amplio grado de solidaridad. Son hechos fundantes para el movimiento de desocupados, de allí nace la imagen del "piquetero" que después contribuirá a la generación de identidades en otros grupos, de allí nace el nombre de otros movimientos.

El origen de los movimientos de desocupados en Buenos Aires supone también un carácter de diferenciación tanto en la generación de identidades como en las características de las medidas emprendidas. Aquí, los grupos que arrastran una tradición de lucha y una identidad previa reflejan por un lado, un mayor nivel de masividad, fuertes lazos identitarios, tienden a privilegiar los componentes de solidaridad en las medidas, menores niveles de desafío, y manifiestan menores niveles de disrupción o posibilidad de violencia.

En cambio, las organizaciones formadas paralelamente al surgimiento del movimiento, con factores identitarios, que no preexisten a la formación del movimiento, tienden a ser más estrictas en su representación, con una identidad construida en torno al concepto del "piquetero". Estos grupos manifiestan un mayor nivel de desafío, con consignas que traducen un mayor nivel de impugnación.

Bibliografía

- ALBERONI, F. (1991), *Génesis*, Río de Janeiro, Ed. Rocco.
- AUYERO, JAVIER (2002), *La Protesta. Retratos de la beligerancia popular en la argentina democrática*, Libros del Rojas.
- BASUALDO, E. (2001), *Sistema político y modelo de acumulación en la Argentina*, Buenos Aires, UNQ-FLACSO, IDEP.
- BONNET, A. (2002), *Crisis, insurrección y caída de la convertibilidad. Que se vayan todos*, UNQ, mimeo.
- CAMPIONE, D. (2000), "Los problemas de la representación política y el movimiento social. Reflexiones críticas", en *Revista Periferias*, n° 8.
- CARRERA, ÍNIGO N. y C. COTARELO (2001), "Clase obrera y formas de lucha en la argentina actual", en *Cuadernos del Sur*, n° 32, noviembre.
- CIEZA, GUILLERMO (2000), "El Cutralcazo", en *Revista La Señal*, diciembre.
- COLECTIVO SITUACIONES, HOLLOWAY, NEGRI ET AL. (2001), *Contrapoder. Una introducción*, Ed. de Mano en Mano.
- DE IPOLA, E. (2001), *Metáforas de la política*, Ed. Homo Sapiens, Politeia.
- "Poder y Protesta popular en América Latina", ib. idem, pp. 15-75.
- ECKSTEIN, SUSAN (coord.) (2001), *Poder y protesta popular. Movimientos sociales latinoamericanos*, México, Siglo XXI.
- FARINETTI, M. (1999), "¿Qué queda del movimiento obrero? Las formas del reclamo laboral en la nueva democracia argentina", en *Trabajo y Sociedad*, n° 1.
- FAVARO, BUCCIARELLI y IUORNO (1997), "La conflictividad social en Neuquén. El movimiento cutralquense y los nuevos sujetos sociales", en *Revista Realidad Económica*, n° 148, mayo/junio.
- FERNÁNDEZ REY y J F RIECHMANN (1995), *Redes que dan libertad. Introducción a los nuevos movimientos sociales*, Buenos Aires, Ed. Paidós.
- FOX, RICHARD y ORIN STARN (eds.) (1997), *Between the Resistance and the Revolution politics culture and social protest*, Rutgers University Press.
- GAMSON y D. MEYER (1999), "Marcos interpretativos de la oportunidad política", en Dough Mc Adam, John Mc Carthy y Zald Mayer (eds.), *Movimientos sociales perspectivas comparadas*, Madrid, ISTMO, pp. 389-412.
- GARCÍA DELGADO, D. (comp.) (1987), *Los cambios en la sociedad política (1976-1986)*, Buenos Aires, CEAL.
- GIDDENS, A. (1994), *Consecuencias de la modernidad*, Madrid, Alianza.

GOFFMAN, E. (1974), *Frame analysis: on essays on the organization of the experience*, Nueva York, Harper Colophon.

GÓMEZ, M. (1998), "Las transformaciones del mercado de trabajo durante el Plan de convertibilidad. El nuevo papel de los trabajadores jóvenes y algunas reflexiones sobre las prácticas sindicales", en *Revista de Ciencias Sociales*, n° 6.

— (1997), "La Conflictividad laboral durante el Plan de Convertibilidad en la Argentina (1990-1994). Las prácticas de lucha sindical en una etapa de reestructuración económica y desregulación del mercado de trabajo", en *Revista Estudios Sociológicos del Colegio de México*, n° 45, México.

— (2000), "Conflictividad laboral y comportamiento sindical en los '90: transformaciones de clase y cambios en las estrategias políticas y reivindicativas", ponencia para el Seminario "Mercado de Trabajo e Intervención Sindical", PESEI-IDES.

— (2002), "Crisis del capitalismo, formas de conciencia y resurgir de la acción colectiva", en *Revista Theomai*, n° especial, invierno.

34

GORDILLO, M. (1999), "Movimientos sociales e identidades colectivas: repensando el ciclo de protesta obrera cordobés de 1969-1971", en *Desarrollo Económico*, vol. 39, n° 155, octubre-diciembre.

GOLDSTONE, JACK (1997), "¿Son las revoluciones racionales desde el punto de vista individual?", en *Revista Zona Abierta*, n° 80/81, Madrid.

HOLLOWAY, J. (2001), "Doce tesis sobre el anti-poder", en I. Negri, M. Benasayag et al., *Contrapoder. Una introducción*, Ed. De mano en mano.

JAMES, D. (1999), *Resistencia e integración, El peronismo y la clase trabajadora argentina 1946-1976*, Buenos Aires, Sudamericana.

KLANDERMANS, B. y S. GOSLINGA (1999), "Discurso de los medios, publicidad de los movimientos y la creación de marcos para la acción colectiva: ejercicios teóricos y empíricos sobre la construcción de significados", en Dough McAdam, John McCarthy y Zald Mayer (eds.), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Madrid, ISTMO.

LAUFER, R. y C. SPIGUEL (1999), "Las puebladas argentinas a partir del 'santiagueño' de 1993. Tradición histórica y nuevas formas de lucha", en Margarita López Maya (ed.), *Lucha popular, democracia, neoliberalismo: protesta popular en América Latina en los años de ajuste*, Nueva Sociedad.

LECHNER, N. (1999), "Los condicionantes de la gobernabilidad democrática en América Latina de fin de siglo", en D. Filmus (comp.), *Los 90. Política, sociedad y cultura en América Latina y Argentina de fin de siglo*, Buenos Aires, Flacso-Eudeba.

LUCITA, E. (2001), "Cortando rutas, abriendo nuevos senderos. Viejas y nuevas formas de lucha", en *Cuadernos del Sur*, n° 32, noviembre.

MCADAM, DOUGH, JOHN MCCARTHY y ZALD MAYER (eds.) (1999), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Madrid, ISTMO.

MARTUCELLI, D. y M. SVAMPA (1997), *La plaza vacía. Las transformaciones del peronismo*, Buenos Aires, Losada.

MARX, GARY y DOUGLAS MCADAM (1994), *Collective behavior and Social Movements. Process and structure*, Nueva Jersey, Prentice Hall.

MELUCCI, A. (1994), "Asumir un compromiso: identidad y movilización en los movimientos sociales", en *Revista Zona Abierta*, n° 69, Madrid.

MINUJÍN, A. y GABRIEL KESSLER (1995), *La nueva pobreza en la Argentina*, Buenos Aires, Planeta.

MUNCK, G. (1995), "Algunos problemas conceptuales en el estudio de los movimientos sociales", en *Revista Mexicana de Sociología*, n° 35, pp. 17-39.

NAVARRO, MARIO (1995), "Democracia y reformas estructurales: explicaciones de la tolerancia popular al ajuste económico", en *Desarrollo Económico*, vol. 35, n° 139.

OLLIER, M. (1986), *El fenómeno insurreccional y la cultura política (1969-1973)*, Buenos Aires, CEAL.

35

OVIEDO, LUIS (2001), *De las primeras Coordinadoras a las Asambleas Nacionales. Una historia del Movimiento Piquetero*, Ediciones Rumbo.

PALERMO, V. (1999), "¿Mejorar para empeorar? La dinámica política de las reformas estructurales argentinas", en J. C. Torre, V. Palermo, et al., *Entre el abismo y la ilusión. Peronismo, democracia y mercado*, Buenos Aires, Ed. Norma.

PALERMO, VICENTE y MARCOS NOVARO (1996), *Política y poder en los tiempos de Menem*, Buenos Aires, Tesis Norma.

PASQUINI, L. y M. GÓMEZ (1999), "La gran rebelión: las luchas contra la desocupación y la exclusión en la Argentina", ponencia presentada en el 4° Congreso de la Asociación de Especialistas de Estudios del Trabajo, Buenos Aires.

PÉREZ LEDESMA, M. (1994), "Cuando lleguen los días de la cólera (Movimientos sociales, teoría e historia)", en *Revista Zona Abierta*, n° 69.

RIVAS, A. (1997), "El análisis de marcos: una metodología para el estudio de los movimientos sociales", en P. Ibarra y B. Tejerina, *Los movimientos sociales: transformaciones políticas y cambio cultural*, Madrid, Ed. Trotta.

RUCHT, DIETER, RUUD KOOPMANS y FRIEDHELM NEIDHARDT (2000), *Acts of dissent new developments in the study of protest*, Carolina, University of Carolina Press.

SALAMA, P. (1998), "Pobreza, empleo e inflación en América Latina", en *Revista Nueva Sociedad*, n.º 156, julio-agosto

SCHUSTER, F. (1996), "Protestas sociales en la Argentina 1989-1996", en *Informe Anual 1996 del Centro de Estudios Legales y Sociales*, Buenos Aires

— (1999), "La protesta social en la Argentina democrática: balance y perspectivas de una forma de acción política", Buenos Aires, Instituto Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA, mimeo.

SET-Consultores en Sociología y Economía del Trabajo: Informe de Coyuntura Laboral, septiembre 2001, octubre 2001, marzo 2002, abril 2002.

SCRIBANO, ADRIÁN (1999), "Argentina 'cortada': cortes de ruta y visibilidad social en el contexto de ajuste", en Margarita López Maya (ed.), *Lucha popular, democracia, neoliberalismo: protesta popular en América Latina en los años de ajuste*, Nueva Sociedad.

36

SKOCPOL, THEDA (1984), *Estado y Revoluciones Sociales. Un análisis comparativo en Francia, Rusia y China*, México, FCE.

TARROW, S. (1997), *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza.

TORRE, JUAN C. (1999), "Las reformas de mercado y el sindicalismo en la enervada", en S. Senén González y F. Bosoer, *El Sindicalismo en tiempos de Menem*, Buenos Aires, Corregidor.

TOURAINÉ, A. (1987), *El regreso del actor*, Buenos Aires, Ed. Eudeba.

TILLY, CH (1978), *From mobilization to revolution*, Nueva York, Random House.

— (1998), *Las Revoluciones europeas 1492-1992*, Barcelona, Crítica.

VILLANUEVA, E. y M. GÓMEZ (2001), "Conflictividad laboral y protesta social: cambios en las estrategias de lucha ante la exclusión", en *Taller-Revista de Sociedad, Política y Cultura*, n.º 15, abril.

VOMMARO, G. (2000), "Algunas cuestiones sobre los movimientos sociales y la representación política", en *Revista Periferias*, n.º 8.

WALLERSTEIN, I. et al (1994), *Movimientos antisistema*, Madrid, Akal.

ZIBECCHI, R. (1999), *La mirada horizontal*, Montevideo, Nordan-Comunidad.

Resumen

La generalización de los llamados "cortes de ruta" supone su incorporación al repertorio de acciones colectivas de las clases subordinadas. Lejos de ser medidas episódicas que derivan de estados de desesperación, es importante indagar por sus sentidos como acción reivindicativa y como acontecimiento con efectos sobre subjetividades e identidades. En este sentido veremos que sobre la base del desplazamiento de escenario del conflicto desde los lugares de trabajo hacia el territorio y el espacio público, se desarrollan una cierta variedad de lógicas y construcciones identitarias distintas dependiendo de la presencia anterior o no de organizaciones sociales con capacidad de movilización, de las características de los grupos de fundadores originales, y también del tipo de respuestas estatales. Por otra parte, los distintos cortes de ruta se inscriben en estrategias de conflicto diferentes de acuerdo con la preponderancia relativa que asignen a los niveles de desafío, de solidaridad y de incertidumbre. Así podemos observar en un polo un tipo de corte de ruta dentro de una estrategia política y comunicacional, y en el otro una estrategia disruptiva y confrontacional.

Descriptorios

(acción colectiva)
(protesta)
(corte de ruta)
(identidades)

Abstract

The generalization of the called "route cuts" supposes its incorporation to the repertory of collective actions of the subordinate classes. Far from being episodic protests that derive of desperate situations, it is important to investigate for their senses as actions and as events with effects on subjectivities and identities. In this sense we will see that the displacement of the scenario of conflict in the work place toward the territory and the public space. There is an emergence of variety of logics of a collective actions and of different identities depending on the previous presence or not of social organizations with mobilization capacity, of the characteristics of the groups of original founders, and also of the type of state answers. On the other hand, the different "route cuts" register in different conflict strategies according to the relative preponderance that the groups assign to the levels of challenge of solidarity and of uncertainty in the conflict. We can observe two polar situations: in one, a type of route cut inside a political and comunicational strategy, and in the other a disruptive and confrontational strategy.

Key words

(collective actions)
(protest)
(route cuts)
(identities)

37